

núm
58

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

abril
12
1928

El Día Gráfico



*Lia Fora, elegida entre miles de bellezas en el
Concurso organizado por Fox Film, en el Brasil*



*Antonio Moreno
y Constance Tal-
madge, en un film
de la First National.*



*La pequeña artista
de la Paramount,
Jimmie Adams, con
su foca favorita.*



*Richard Alen, Charles Rogers
y Arlette Marchal, en una escena
del film Paramount, "ALAS"*

*La gran actriz
Suzy Vernon.*





Milton Sills y Betty Bronson en "La isla encantada," film First National.



ARGUMENTOS DE PELICULAS

EL ARCHIDUQUE Y LA BAILARINA

En Viena, antes de la guerra, uno de los archiduques de más relieve tenía un interés particular en que no hubiera un conjunto de baile que fuera capaz, no ya de superar, sino de igualar al del Coliseo Imperial.

Era tal su obsesión, que no pasaba un solo día del año en que, no asistiera a los ejercicios de entrenamiento de las clases de baile. Excusado es decir que, a falta de un buen físico, su título nada despreciable le aseguraba una acogida muy cordial en este mundo coreográfico, donde creía el archiduque elegir de tanto en tanto un corazón virgen, capaz de corresponder a sus amores principescos.

El signo de esta distinción estaba representado por una soberbia esmeralda que el archiduque tenía costumbre de regalar a la dichosa elegida.

En el momento en que la acción se desarrolla, la elegida era la «Pastiafoli», estrella de primera magnitud del cuerpo de baile.

Un día, el archiduque estaba sentado, como de costumbre, en una cómoda butaca, presenciando los ejercicios de la troupe, cuando llegó apresuradamente un ayudante de campo, enviado por la corte, a advertirle que le esperaban en el castillo de Schoenbrunn:

—Es el santo de V. A... y V. A. no está allí... sin duda V. A...

—¡Diablo! — exclamó el archiduque — lo había olvidado.

Y se fué, muy a su despecho, a practicar las enojosas ceremonias que le imponía el protocolo.

En esta época, había en el grupo de jóvenes aprendizas del cuerpo de baile, una, la pequeña Lina Sonthal, que sobresalía de las demás. Ingresada recientemente en la Opera, estaba saturada de optimismo y tenía confianza en sí misma para llegar.

Sin embargo, una aventura desagradable amenazó quebrar su carrera desde su comienzo.

Sucedió que Lina encontró la alhaja que el archiduque regaló a la Pastiafoli, provista de la simbólica esmeralda, y que ésta había extraviado.

Sin mala intención, más bien en un rasgo de femenina coquetería, la joven se la puso en el dedo para ver el efecto que producía, cuando en esta guisa fué sorprendida por la estrella que irrumpió bruscamente en la habitación. Lina, por más que hizo, no tuvo tiempo de quitársela y este gesto sirvió para que en lugar

de darle las gracias, la favorita descargara su cólera sobre ella.

Algún tiempo después de esto, Lina perdió el tranvía que debía conducirla a la Opera.

Estaba impaciente y nerviosa esperando en el bordillo de la acera, cuando vió que hacia ella venía veloz un magnífico coche, cuyo conductor como la viera en aquella disposición, se ofreció galantemente para conducirla donde ella quisiera o tuviera necesidad de ir. Aceptó sin hacerse rogar mucho, una oferta hecha de tan buena voluntad y montó al lado de aquel gentleman en el cabriolet tirado por un magnífico alazán.

Lina no conocía al archiduque todavía, porque de otra manera lo hubiera reconocido en el caballero que la había dejado ante la puerta del coliseo.

El conserje de la Opera había visto a la joven descender del cabriolet principesco: —¡No está mal — pensó —, el archiduque se ha fijado en la pequeña Sonthal...

Como es lógico, el portero no pudo guardar mucho tiempo el secreto de su sensacional descubrimiento, y el rumor se propagó rápidamente por todo el teatro. No obstante, su brillante y magnífico sistema de locomoción, Lina llegó tarde.

El profesor de baile y la Pastiafoli, que ya le habían tomado ojeriza desde el asunto de la sortija, la hicieron comparecer ante el director de la Opera, que, prevenido de antemano, la despidió sin tener en cuenta sus lágrimas y lloros.

Pero apenas Lina, había franqueado los umbrales del teatro, cuando se esparció como un reguero de pólvora la gran noticia, que llegó hasta la oficina del director: «El archiduque está enamorado de la pequeña Sonthal...»

Tanto el director como el «registreur» y el profesor de baile, se dieron inmediatamente cuenta de la plancha tan colosal que acababan de cometer arrojando del cuerpo de baile a la que ellos creían la nueva favorita del príncipe. Se precipitaron en busca de Lina, la condujeron al teatro, y le ofrecieron, para consolarla, bailar como primera danzarina el ballet de «Sylvia».

La joven estaba sin comprender las razones de aquel cambio tan brusco, pero aceptó esta proposición inesperrada.

Desde el primer día de su salida a

escena, Lina se dió cuenta exacta del papel relevante que se le había confiado.

Fué festejada por sus colegas, y el archiduque, que como es de suponer ignoraba esta nueva conquista que se le atribuía, quedó muy sorprendido de los elogios que hacían de él, acerca del maravilloso talento que había tenido para descubrir aquella joya.

—La Corelly es verdaderamente una danzarina admirable — díjole el director de la Opera.

—¡La Corelly? ¡Quién es? ¡Qué significa esto?

—Me he permitido confiar un papel importante a la joven bailarina que V. A. tanto distingue, a la Sonthal. Corelly es el nombre que ha elegido en el mundo artístico.

El archiduque que no recordaba nada que se pareciera al asunto que le explicaban, decidió entrevistarse con Lina Sonthal, con la que tuvo una explicación.

—De todo esto, nadie tiene la culpa, sino su cabriolet — dijo Lina deshecha en un mar de lágrimas.

El archiduque, conmovido por aquellas lágrimas, la perdonó, y mantuvo la decisión que habían tomado para el ballet de «Sylvia».

Todos estos hechos habían aumentado más, si cabe, el escándalo, sobre todo con el ruido producido por la última conquista amorosa falsamente, atribuida al archiduque, lo que motivó que en la corte se reuniera un consejo de familia que determinó alejar al príncipe, enviándolo a una guarnición de provincia. La partida se fijó para aquella misma noche.

—Seguramente, esta jugarreta será obra de mi tía Valeria — díjose el archiduque.

No obstante su mal humor, no tuvo más remedio que conformarse con las órdenes recibidas. Partió a Linz, contrariado por no poder asistir al estreno de «Sylvia», que tenía lugar al día siguiente.

Antes de partir, como no pudiera borrar de la imaginación la encantadora efigie de la Sonthal, encargó a Christian de Hohenstein que le entregara, después de la representación, la sortija con la esmeralda, símbolo de su elección principesca, y que la acompañara a su nueva residencia de Linz.

Pero Christian de Hohenstein había conocido por casualidad, un día, en la calle a Lina y secretamente había comenzado un flirt con la joven,

Lo que yo he visto en América

Por Paulette Duval

(CONCLUSION)



DOUGLAS FAIRBANKS

que poco a poco tomaba las apariencias de un ardiente amor.

El día del estreno, cuando se presentó en el camerino de Lina, portador de un gran ramo de flores y de un cofrecito destinados a la bailarina, salió ésta de detrás de un biombo y su asombro fué indescriptible al reconocer, bajo su brillante uniforme de oficial de dragones a su simpático galanteador. El, por su parte quedó estupefacto al ver que la favorita elagida por su jefe no era otra que su encantadora compañera.

Sobrevino una penosa explicación en la que el teniente transmitió a Lina la orden del príncipe de conducirla a Linz. Lina obedeció.

En Linz fué acogida con gran alegría y cordialidad por el archiduque. La llegada de una tía de éste mientras estaban comiendo, sirvió para que las cosas se pusieran en el lugar que les correspondía.

El archiduque se mostró lo que era, un gran señor, haciendo felices a aquellos dos jóvenes, que tanto se amaban, y Christian de Hohenstein y Lina Sonthal, ebrios de amor se abrazaron con apasionamiento y pudieron cambiar el primer beso de novios.



POLA NEGRI

Heme, pues, de nuevo en mi querida Francia entre mis afectos y mi familia; una vez aquí, repito lo que tantas veces he dicho: que no olvidaré nunca a América y que muchas veces sentiré nostalgias y añoranzas y hasta lamentaré (¡quién lo sabel!) haber vuelto; mas a pesar de todo, quisiera terminar mis días aquí intentando inculcar a mis colegas franceses, para que la aprovechen en lo que de útil tenga, una experiencia adquirida a precio elevadísimo. Mi pensamiento, mi pensar y mi sentir, expuestos honradamente, son como sigue:

Si un artista tiene dinero abundante, no vacilaré en aconsejarle que vaya a América, si es que de ello tiene ganas. Suponiendo que no tenga una gran suerte en su colocación, con los medios pecuniarios disponibles puede hacer frente a la situación y esperar pacientemente su emplazamiento, y en el caso en que éste no tenga lugar (cosa poco probable) no habrá perdido el tiempo, pues siempre aprenderá algo nuevo. Si, por el contrario, es para ganar vuestro sustento en América, para lo que hacéis el viaje, quedaos en casa, renunciad a ese ensueño. Aquí no comprendemos una cosa muy esencial, y es: que desde hace diez años las cosas han cambiado mucho en los Estados Unidos, en lo que al cine se refiere.

Las cosas factibles en aquella época, no son posibles en la actualidad, cuando constantemente se están cerrando unos detrás de otros todos los nuevos estudios, permaneciendo solamente en pie, las grandes firmas ya consagradas por el público y que cuentan con capitales enormes.

Debo añadir también, que la misma campaña desarrollada por los actores franceses para evitar la invasión extranjera, se hace también allá, si se quiere con más intensidad, dada la enorme afluencia de todos los puntos del mundo.

Se han celebrado reuniones muy serias presididas por Conrad Nagel, para afrontar el problema, por todos los medios, que impida a los actores extranjeros el que vengan a América, a América, donde ya ni los mismos americanos trabajan o lo hacen en pésimas condiciones dada la enorme concurrencia, ya que ésta es mucho mayor y más dura que aquí.

Y esto que digo salta a la vista si se enumeran los artistas de gran renombre en Hollywood, y se verá que muy pocos de ellos son americanos. Ramón Novarro, Dolores del Río y Gilbert Roland, son mejicanos; Clive Brooks, H. B. Warner, Charlie Chaplin y Ronald Colman, ingleses;

Lya de Putti y Emil Jannings, alemanes; Greta Garbo y Lars Hanson, suecos.

Con los directores sucede tres cuartos de lo mismo; de manera que si los americanos comienzan a defenderse no hay que censurarlos; están en su derecho.

Tengo la franqueza de decir que aquellos sueños trasatlánticos, para mí han terminado. Procuraré desenvolverme en la vieja Europa, como pueda. Yo sé mejor que nadie lo dura que es la lucha y quiero inculcar en los cerebros soñadores, que la suerte que se va a buscar allá existe también aquí. Lo que precisa es oportunidad para no soltarla una vez cogida, y más oportunidad para aprovecharla bien.

Esperaré pacientemente que pase por mi lado e intentaré todo lo que humanamente se pueda intentar, para servirme de ella, pero volver a América, jamás.

Mi arte es trabajar, dar forma a la belleza, y no luchar. Este es el argumento supremo que esgrimo para no salir de Europa.

FIN



LEWIS STONE

Ben Lyon, rumbo a Nueva York

Ben Lyon salió de Hollywood para Nueva York, vía Santa Fe, siendo necesario combinar la producción de «Ángeles del Infierno» para que pudiera ausentarse por el breve espacio de tres semanas, a fin de hacer una visita a Nueva York.

Mr. Lyon desempeña un rol principal en el nuevo film de aviación Caddo, «Ángeles del Infierno», que Luther Reed está dirigiendo para que sea distribuido por Los Artistas Asociados.

En una de las escenas del film, Ben Lyon y James Hall, sufrieron un accidente de aviación, del que salieron sin serias heridas y Hall fué herido de nuevo dos semanas más tarde en otro accidente, que sufrió junto con Bebé Daniels, en la filmación de otra película.

La semana pasada, Ruth Elder, la famosa aviadora y Ben Lyon, realizaron varios vuelos sobre Hollywood, sin ningún piloto y llevando Miss Elder el timón.

En ruta hacia el Este, Ben Lyon piensa ir en un vuelo desde Salt Lake a Chicago y durante su ausencia en los Estudios Metropolitan de Hollywood se filmarán las escenas enemigas de «Ángeles del Infierno».

Hollywood cuenta entre sus habitantes miles de gitanos

Si se desea saber cuantos rusos, mejicanos, hindus o gitanos, hay en la colonia cinematográfica de Hollywood, no hay más que hacer una película que esté localizada en uno de dichos países.

Cuando Edwin Carewe, empezó la producción de «Resurrección», fué asediado por más rusos de los que él creía que vivían en Moscu, y cuando anunció sus planes para la producción de «Ramona», parecía como si la población entera de Méjico se encontrara en las puertas del Estudio.

Ahora que ha empezado el trabajo para «Venganza», una novela gitana adaptada de «La hija del domador de osos», de Conrad Bercovici, su Estudio estaba lleno de personas que proclamaban la pureza de su sangre gitana, asegurando la mayoría de ellos que conocían perfectamente todo lo relacionado con Rumania y todos los países gitanos.

Hollywood es verdaderamente un singular lugar. Los extras llegarán a cualquier extremo para conseguir su admisión en los Estudios, pues aparecen en sus puertas bajo el aspecto de cualquier nacionalidad, dependiendo simplemente del tipo que se necesita en la película para la cual se busca el elenco.

Carewe opina que en el Sur de California debe haber algunos cientos de gitanos reales, pero no más, aun cuando miles de ellos se aglomeran en las entradas principales, en las puertas excusadas, y sinnúmero de «gitanos» más enérgicos han usado las vallas para introducirse en los Estudios, a fin de probar en las oficinas de contratación que son de noble sangre gitana y así poder aparecer en la nueva película de Carewe. ¡Tal es Hollywood!

Herbert Brenon trabaja doce horas diarias

Herbert Brenon, director de la película «El capitán Sorrell», basada sobre la novela de mayor circulación de Warwick Deeping, tiene la fortaleza necesaria para trabajar intensamente de doce a veinte horas diarias. Durante la filmación de esta película, a menudo permanecía en el Estudio hasta las tres de la madrugada y al día siguiente, a las siete de la mañana, ya estaba dispuesto a emprender una jornada de duro trabajo. Trabaja más que todos sus ayudantes y siempre está dispuesto a ayudar a todos, por muy penoso que sea su trabajo.

Cuando la compañía salió para Inglaterra, después de tres meses de trabajo en Hollywood, Brenon permaneció en ella hasta una hora antes de salir el tren, cuidando todos los detalles relacionados con el embarque de un vagón de material y vestuario, y al día siguiente de su vuelta de Inglaterra, ya estaba en los Estudios para revisar, cortar y editar los cientos de pies de film.

Brenon es muy amante de la música y le gusta verse rodeado de elementos artísticos.

Empezó su carrera dramática todavía muchacho, interpretando papeles de escasa importancia, consiguiendo ascender gradual pero firmemente, hasta que después de algunos años de experiencia, decidió ser director, produciendo notables películas, como «Cuando la caballería estaba en flor» y «El Gran Rubí».

En la actualidad es considerado como uno de los diez grandes directores con que cuentan los Estados Unidos. «El Capitán Sorrell» es una continuación de sus resonantes triunfos alcanzados por «Peter Pan», «Beau Geste» y otras producciones.

Crítica

Frank Dawson, actor que interpretó durante 29 semanas el rol de Dr. Mac Phail en «Lluvia», escribe en el San Francisco Examiner, la crítica de «La frágil voluntad» último film de Gloria Swanson estrenado en el United Artists-Rivoli, adaptación hecha por Raoul Wals de la novela corta de W. Sommerser Maughan «Mis Thompson», y cuya versión teatral «Lluvia» en la que Mr. Dawson apareció fué dramatizada por John Colton, y distribuida por Los Artistas Asociados.

«¡Vaya una riqueza de atmósfera tropical en la primera parte de la película!, escribe Mr. Dawson. Mucha más vida, alegría y espontaneidad de lo que se puede lograr en el escenario, ¡y qué trabajo el de Gloria Swanson!, desde la ligera y despreocupada alegría de una joven de su tipo, hasta la aterrada mujer que teme el desastre inevitable que ha de aniquilarla. Todo movimiento, toda acción es en todo tiempo una belleza de la interpretación de esta inteligente artista. Su «Frágil voluntad» es una obra maestra y en su gran escena con Lionel Barrymore, donde el fanatismo religioso, quiebra y anula su espíritu valeroso, el drama es tan intenso que llega hasta molestar al espectador la música del organista. ¡Y qué convincente figura es Lionel Barrymore, como el cruel, petulante y dominante fanático de delgados labios.

Mr. Dawson concluye: «Esta película tal cómo es, no hace perder nada de la intensidad del drama. Es más claro y, por lo tanto, más presentable, consta de todos los elementos necesarios para un buen drama y, hasta el final, el espectador siente honda simpatía para Sadie Thompson. Estoy contento de haber visto esta película, es un espectáculo más claro y mejor que la obra teatral.»



RICHARD BARTHELMESS



GRETA GARBO

Como se rodó el "Círculo", y otras cosas de la gran película

Pocos días más y "El Círculo" siguió adelante. Y realmente a ninguna parte. Simplemente un movimiento general, deshaciendo escenarios, tiendas y lo que ha ocupado durante más de dos años, todo pie de terreno disponible en los Estudios que Charlie Chaplin posee en Hollywood.

Todo y todos se hallan en movimiento. El mismo Chaplin no permanece inactivo. Han trabajado durante mucho tiempo. Ahora los feroces leones, tigres y elefantes, sólo atraen una mirada distraída. Los monos van de un lado a otro a su capricho.

Era uno de esos días raros en California. Muy caliente. Los artistas se sentían cansados. Charlie había anunciado su visita para las nueve y todo debía estar preparado para el traslado. Era cerca del mediodía y la hora de la comida se acercaba. El sonido familiar de una bocina se oyó distintamente fuera de las grandes vallas, en la entrada de vehículos. Era una señal imprecisa, pues sonaba una y otra vez.

"¡Ya está ahí!", alguien exclamó. Hubo un revuelo y una desbandada hacia los cuartos de vestir. Un vehículo apareció, en el que iba un vagabundo sentado. Ante él un chauffer japonés. Un momento después dos grandes zapatos pisaban el piso. Poco a poco se movió, dirigiéndose lentamente hacia una puerta del Estudio. Un momento más tarde nadie se hallaba a la vista. Pero el día había empezado en los Estudios Chaplin. Y "El Círculo" pronto estaría acabado.

Diez y ocho meses antes cierto ángulo en Sawtelle; es decir, a nueve millas de Hollywood, donde se halla situada la Vieja Casa del Soldado, es el sitio elegido por Charlie Chaplin, como lugar ideal para cierto pequeño negocio. El centro de actividades se llevará allí, hoy.

Siete coches, llenos de clowns, policías, extras femeninas y extras masculinos, el cuerpo técnico usual, todo sale con gran prisa para Sawtelle a primeras horas de la tarde. Las leyes de la velocidad no se observan. Es una formalidad de la que no se hace caso. "El Círculo" debe acabarse. Sólo se atenúa un poco la velocidad al entrar en los terrenos de la Casa del Soldado. Imperativos letreros, señalan el cincuenta por hora.

El automóvil del departamento de propiedades y el que conduce la cámara, han llegado primeramente. Todo debe estar dispuesto cuando llegue Charlie Chaplin. El no debe esperar. ¿Podría ser posible que una escena tuviera que interrumpirse por falta de intersección? ¿Dónde está el edificio de madera de

un solo piso? "Estaba en el ángulo del noroeste", insiste el que se ocupa de la localización. En su lugar se levanta un hermoso edificio de cinco pisos. Diez y ocho meses es mucho tiempo, y Sawtelle se ha desarrollado durante la reciente y real época de prosperidad.

Una gran limousine, llega de repente. Un vagabundo sale de la penumbra y parece deslumbrado. ¿Para qué le han traído aquí? Un ayudante nerviosamente explica que el sitio fué elegido dos años antes. Una gran multitud surge ante el gran coche azul. Charlie parece azarado. La pesada atmósfera desaparece cuando una suave voz inglesa, dice: "Estas cosas son las causantes de los retrasos". El vagabundo entra de nuevo en el coche, y velozmente se dirige a los Estudios Chaplin. Los siete coches restantes le siguen.

Los carpinteros trabajan toda la noche, interrumpiendo el silencio el continuo golpear de los martillos. Por la mañana la pequeña casa de madera de un piso de elevación, que en una época se halló en Sawtelle, ha sido reproducida exactamente en los Estudios de Chaplin. Una semana después las escenas son fotografiadas. El retraso ha sido debido por la impresión causada en el vagabundo, cuando el adornado edificio recreó sus ojos.

Ahora falta filmar la última escena de "El Círculo". Un lugar en cualquier parte, pero grande y despejado debe encontrarse. Deprisa, pues toda demora es costosa. A cincuenta millas de Hollywood, en el Paso de Cahuenga, se halla Glendale. El que se cuida de la localización parte rápidamente con la recomendación: "Que se halle lejos de todas las casas y personas". Las cuatro de la mañana del miércoles es la cita anotada en el boletín del Estudio. Es martes y el día será de ocio para los artistas. El vagabundo tiene convidados. Un café de Hollywood, ha tomado el aspecto de la Liga de las Naciones. En una larga mesa un joven preside. Está perfectamente a sus anchas. Tiene incluso aire de diplomático. Siempre hiere cuando sonríe. Dos grandes luces acentúan el gris de sus sienes, muy prematuro. Pocos reconocerían en él al vagabundo. Los ojos de veintidos representantes de muy diferentes naciones están fijados en él. Son agentes consulares en Los Angeles.

Todos comen.

Hombres anhelantes se agitan en torno de los Estudios de Chaplin. Carpinteros, pintores, electricistas, técnicos, y jornaleros. Charlie no debe esperar. Una caravana de vagones de circo, enganchados a cuatro grandes motores. Par-

ten para el Paso de Cahuenga. Una larga y dura jornada hasta Glendale. El lugar se halla inundado de luz. Viene de todas direcciones. Los dinamos de los vagones funcionan. Así los hombres trabajan en la noche.

Rompe el nuevo día. La mañana es fría. Suena el crepitar de una docena de hogueras. Es un fresco raro en California. Los carros empiezan a llegar. El rugido de los motores lo indican. Hay un ruido extraordinario. La gran limousine azul, se acerca lentamente. "El Círculo" debe acabarse. Todo el mundo está en su puesto. Las cámaras están situadas. El sol asciende. ¿Por qué no tiene prisa en traspasar las montañas? Son grandes sombras las que el vagabundo necesita. Las seis y media, mañana perdida. El eje de la pista del circo, está demasiado oscuro. No parece natural. El vagabundo rehusa trabajar artificialmente. Treinta minutos más tarde, una voz suave dice: "¡Bien! ¡Ya está bien! Impresionados." Las cámaras funcionan. Los vagones del circo se mueven a través del vasto camino abierto al espacio. Los caballos y las ruedas de los vagones levantan nubes de polvo. El aspecto es alegre. Ningún artista sería creído, si lo pintara. Treinta veces es tomada la escena.

Las cámaras se acercan a la pista. Cuidadosamente los operadores miden las distancias. El vagabundo está solo en el centro de la pista.

Ensayo. Luego acciona para la cámara. Ocho pies. El negocio está hecho. Otra vez. ¡Y otra vez! Cincuenta personas están mirando. Todos son miembros de la Compañía. Hay pocos ojos que no estén húmedos. Muchos de ellos conocen la historia. Saben el significado de esta escena final.

—¿Cómo he estado?—inquiere el vagabundo.

Cincuenta personas afirman.

—Entonces lo tomaremos otra vez. ¡Sólo una más!—dice el hombre de los anchos calzones, pequeño sombrero hongo, mal ajustada chaqueta y enormes zapatos.

El sol estaba ya alto. Las largas sombras, vuélvense más y más cortas.

—Bastante por hoy—dice el vagabundo—mañana estaremos aquí a las cuatro.

Las tres de la mañana siguiente. Los mismos grupos se hallan cerca de las familiares hogueras en el abierto campo de Glendale. Esperando, porque nada ni nadie debe hacer esperar al vagabundo. Cinco hombres se han quedado en el Estudio. El vagabundo se les reúne. Entran en un cuarto oscuro. Un rayo de luz penetra. Los vagones del circo, se mueven en la pantalla de plata. Luego el

vagabundo aparece en la pista del circo. Una y otra vez hace lo mismo. Muy poca diferencia se nota entre una y otra.

El pequeño hombre que se halla sentado en la gran silla de cuero negro, no es ya el vagabundo. Pero se está mirando en la pantalla. Charlie Chaplin ha pasado a ser juez. "Pudiera haberlo hecho mejor. No parece verdad. Tiene el sombrero demasiado caído sobre los ojos. Han quemado la parte alta de la cara con los reflectores". Es un severo crítico este Chaplin. El vagabundo no se gusta a sí mismo. La escena debe ser tomada de nuevo. Un salto en la silla de cuero. Velocidad, polvo.

Hay gran excitación en Glendale. Los motociclos de la policía, van de un lado a otro. Los representantes de la agencia del sheriff están en movimiento. Los vigilantes y los encargados de las propiedades están consternados. El vagabundo llega, pero no podrá trabajar. Dos vagones del circo han sido robados. Uno de ellos el de pago. Muy importante. El otro de poca consecuencia. Pero el vagón de pago, debe ser encontrado. El vagabundo no debe esperar.

Las largas sombras están desapareciendo rápidamente. El sol está alto. Los técnicos hacen aparecer grandes sombras. Es su arte. Una vez más el vagabundo ocupa su lugar en el centro de la pista. Siente lo que hace. Esto se llama un día. Pero otra vez, mañana a las cuatro.

Por la tarde grandes anuncios en los periódicos. Los sabios de Hollywood, dicen que es una historia inventada para lograr publicidad. Todavía sin noticias de los vagones. ¿Han sido vistos gitanos, llevándose los? ¿Los ladrones los han escondido en un garage?

Un periodista está en el teléfono. Los vagones están en el campo de un colegio. Serán quemados en el fuego con que se celebra esta noche. Las sirenas resuenan en las calles. Los autos de la policía tienen derecho a la libre circulación. Una clase entera de estudiantes, es arrestada. ¿Los perseguirá Chaplin? Fué tan solo una broma. Creyeron que los vagones estaban abandonados. ¿Quién desea cosas tan viejas, descuidadas durante dos años! Una compañía de cincuenta personas, esperando durante un día entero. El vagabundo esperando. "El Circo" estaría acabado. Siete mil dólares de pérdidas. Demasiadas pérdidas. Los niños del colegio, serán siempre niños. "No perseguirlos—dice el vagabundo—; pero yo no debo esperar".

¡Al fin! "El Circo" está acabado. Dos años. Hombres y mujeres empaquetan ropas y utensilios. Los animales están cansados de que se les moleste. Los últimos adioses. Ha sido una maravillosa experiencia. Muchos salarios subirán en Hollywood. ¡Dos años con Chaplin! ¡Qué mejor recomendación!

Aburrimiento, pero trabajo en el cuarto de recortaje. Pulgada por pulgada a través de un millón de pies filmados. Noche y día, noche y día. Una tarea sin fin. El vagabundo continúa el trabajo. Sólo faltan diez mil pies. Nueve mil. Ochocientos cuatro. ¡"El Circo" está acabado!

Todo preparado para la prueba. Pero sólo después de grandes precauciones. Debe guardarse el mayor secreto. So-

lamente media hora antes se notifica al teatro. "El Circo" llega. Mil personas desean entrar. El secreto está descubierto.

Cuando la proyección empieza, llega un hombre. Otro hombre le saluda. Ambos están muy nerviosos. Nadie reconoce al más bajo. Su sombrero está encima de sus ojos. Pisa a una enorme mujer que se halla en la última fila. Tropiciza con un niño que se halla al lado de ella. Se sienta. El niño balbucea. La mujer gorda, lee los títulos en voz alta a su vástago.

El hombre está molesto. Pero no traiciona sus sentimientos.

El público está emocionado. Ha habido sólo un anuncio de la prueba. Pocos detalles sobre las recién impresas tarjetas. Pronto una figura familiar se destaca en la pantalla. Hay una explosión espontánea de aplausos. El nombre de Chaplin se oye por todo el teatro. El hombre pequeño, se hace más pequeño en su asiento, en la última fila,

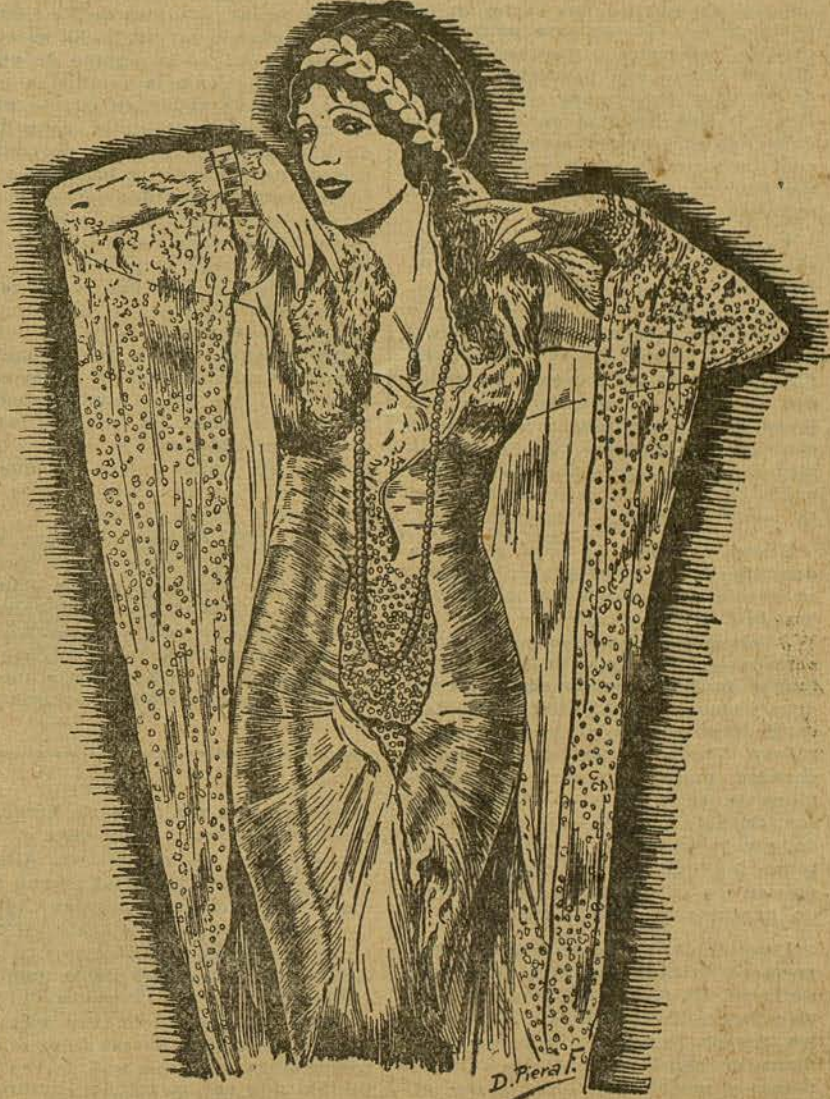
al lado de la mujer gorda, y del balbuciente niño.

Una carcajada llena el teatro. Y otra. Y otra. El pequeño hombre ríe. Se ríe fuerte como el público. Se está olvidando de sí mismo. El vagabundo le divierte. Una hora más tarde las luces se encienden. El hombre pequeño de la última fila trata de salir rápidamente. La enorme mujer le impide el paso. El sombrero está más y más sobre sus ojos.

En el vestíbulo hay una multitud que ríe. Batallando detrás de la enorme mujer, llega el hombre del sombrero. Tropiciza con el niño. Está turbado. Cortesmente ayuda al niño. La gorda mujer todavía sonrío. Pero le da las gracias a su bondad. El sonrío y saluda a su sombrero.

—¿Le ha gustado?—pregunta él
Y la gozosa mujer, replica al pequeño hombre:

—Encantada.
Y Charlie se pierde en la noche.



JULIETTE COMPTON

BOSEN

Un "baby" star de cincuenta años

Lionel Barrymore

Los lugares más preeminentes del cine de los Barrymore los han ocupado siempre el John Barrymore de «Hamlet» y del cine y Ethel Barrymore, considerada como una de las actrices americanas más notables. Lionel destacaba tan sólo ocasionalmente, acordándosele el merecido aprecio en «Rie, clown, ríe», representado en la costa del Pacífico.

Pero ahora el público de dos teatros de Nueva York han podido admirar a otro Barrymore en la pantalla, pues en el Liberty Theatre, David Wark Griffith y Morris Gest ofrecen un Lionel Barrymore muy distinto del Oliver Hamilton que aparece en «Sadie Thompson», de Gloria Swanson, en el United Artists-Rivoli Theatre.

Cerca ya de los cincuenta años, Lionel Barrymore ha sido «descubierto» como actor cinematográfico, por lo que es un «baby star» de 1928, un «hallazgo», una atracción ante la taquilla, la alabanza de la crítica, el aplauso del público, las cartas de los admiradores, ofertas para principales papeles, contratos importantes, todo ello se ofrece con profusión al hijo de Maurice Barrymore y Georgina Drew. Desde los días en que tantos éxitos alcanzó en la escena hablada con «La Burla» y «La Serpiente», Lionel Barrymore no había oído tantos aplausos y tan merecidos.

Verdaderamente, es irónico el aprecio que ahora se tributa al trabajo de Barrymore, pues su debut en la cinematografía lo hizo en el año 1909, en una película titulada «Amigos», dirigida por el mismo David Wark Griffith que ahora le presenta en «Ruidos de amor» y secundado por una joven artista que más tarde se unió con Griffith, Charlie Chaplin y Douglas Fairbanks, para formar la compañía de Los Artistas Asociados. Esta joven se llamaba Mary Pickford.

Gloria Swanson ha sido quien ha descubierto a Lionel Barrymore. Para «Sadie Thompson», su nuevo film basado en una novela corta de W. Somerset Maugham necesita un actor para representar el rol de reformador fanático, entrometido, fuerte, duro y sincero, no hipócrita, pero descarrado por éticas intolerantes y filosóficas. Varios artistas fueron considerados, mereciendo tan solo Barrymore la aprobación de Miss Swanson. Su actuación ha sido tan acertada, que le ha valido la aprobación de todos los que la han visto, por lo que en los anales de Barrymore puede anotarse un nuevo triunfo.

Después de «Sadie Thompson», Barrymore ha hecho «Ruidos de amor», de David W. Griffith. Los negros vestidos, estrecha corbata y duros medales, fueron sustituidos por una gran figura de hombre, rígido, de velludas manos y medales imperiosos, que al-

NORMA TALMADGE...

Contesta sabrosamente a unas preguntas muy interesantes

—¿Qué es lo que reporta mayor felicidad en las relaciones matrimoniales?

—Todas las relaciones en la vida: en el matrimonio, en los negocios, entre una madre y sus hijos, entre un artista y su trabajo, en todo, tiene que tener como base a toda felicidad que se quiere lograr, la mutua comprensión y el sentimiento adecuado de dar y tomar.

Entre mis amigos hay muchos de ellos que están casados y piensan permanecer casados para siempre «como dice el niño en «Peter Ibbetson».

Cada caso individual tienen una contestación distinta, pero se percaten de ello o no, yo creo que el éxito de sus matrimonios depende del hecho de que le han juzgado como un asunto serio, al mismo tiempo que como una romántica aventura. Hace poco una amiga me habló de una muchacha que había tenido su familia, cuando ella era una niña. Vivían en una ciudad en las cercanías de Newfoundland, y cuando la muchacha se comprometió, ordenó su equipo de novia por correo. Como la familia la quería mucho, la ayudó en cuanto pudo en la elección de vestidos, consultando toda clase de catálogos de comercios de novedades y se hallaban afectuosamente interesados con el apoyo intenso de la muchacha en lograr las cosas más bonitas posible. El día del matrimonio llegó, pero el equipo no; sin embargo, se casó con lo que tenía y algo más prestado. Al día siguiente llegó el equipo y la novia lo devolvió íntegro. ¿Para qué lo quería ahora?—explicó—. Así ya había conseguido al hombre. Indudablemente, ya lo tenía, pero ¿le conservaría? Y en esto precisamente se le olvidó el pensar, sin darse cuenta de que el equipo es más necesario después del matrimonio que antes de él.

El encanto es algo que hay que cultivar y aún cuando es más fuerte cuando proviene de la mutua e innata simpatía y comprensión, debe también revestirse con la belleza. Un hombre, mucho más que una mujer, es conservado y subyugado a menudo inconscientemente por la hermosura

que otra vez se sentía humorísticamente alegre y afectuoso.

Barrymore, en el film de Gloria Swanson, se castigó a sí mismo por una culpa que creyó cometer, y en la película de Griffith trata de castigar a otros con la misma pena por difamación del honor de la familia.

Miembros de los Estudios de Los Artistas Asociados que han visto el trabajo del artista en estas dos caracterizaciones, aseguran que parece imposible que sea el mismo hombre.

ra y el contraste. La mujer que se preocupa demasiado de su casa, que piensa en ella todo el día y a las seis de la tarde tiene la fatigada expresión del exceso de trabajo, es tan estúpida como la mujer que no se interesa por su casa y que no se halla en ella cuando el marido vuelve de sus quehaceres.

La mayoría de las mujeres americanas pierden al lado de las europeas, en que desdeñan el ser románticas. En el fondo son tan románticas en sus deseos, pero quieren aprovechar tanto la vida, que pierden el extraño y misterioso encanto que pertenece tan esencialmente a la mujer francesa.

—En su opinión ¿cuál es la causa del creciente número de divorcios?

—La causa del aumento de divorcios en nuestro país es debido, en mi opinión, a sinnúmero de cosas, pero principalmente en que ni los hombres ni las mujeres se preocupan de lo que aporta a nuestra vida diaria, un poco de romanticismo. Hay una gran tendencia en describirlo todo con palabras, analizando cada situación, evitando todo momento romántico por considerarles un poco ridículos. ¿Hay algo que pueda matar el amor más rápidamente que esto? El matrimonio es como una buena película, con sus encuentros, el conflicto de los efectos, la separación, reconciliación y el final desvanecido en un «Close up». Un matrimonio dichoso, lo mismo que una película triunfante, necesita una buena dirección.

—¿Opina usted que el matrimonio como una institución, necesita una reorganización?

—El matrimonio, considerado como institución, ha estado continuamente bajo el proceso de la reorganización. Casi desde el primer matrimonio, la mujer ha defendido sus derechos, en una forma u otra, hasta que la ley la ha hecho un ser independiente igual en todo al hombre. Parece absurdo pensar en la mujer en alguna otra forma. Recuerdo una observación que Madame Curie hizo cuando vino a América. Preguntada a quien consideraba más fuerte, si al hombre o a la mujer, contestó: «Este no es nunca una cuestión de sexo, sino una cuestión de carácter».

En el matrimonio, uno debe ser el más fuerte y debe dirigir, lo mismo que sucede en todas las relaciones comerciales. Nunca he creído que una mujer que aprende a vivir ha de ser menos romántica, al contrario, creo que ha de ser romántica porque hay menos hipocresía, ningún deseo de ser secundada en cuanto ella decide sobre el matrimonio. Toda esta cuestión es muy difícil de contestar, es algo más serio que jugar al bridge, y debe ser jugado sabla e intensamente y sin engaño.

UNA ENCUESTA ORIGINAL

¿RUBIA O MORENA?

Desde que el mundo es mundo, esta esta cuestión está sobre el tapete: ¿prefieren los hombres las morenas o las rubias?

Cada partido tiene sus adeptos, por aquello de que sobre gustos no hay nada escrito. No puede, por lo tanto, establecerse una regla general; en esto, como en todo, hay excepciones.

Anita Loos, con su novela «Los caballeros las prefieren rubias» acaba de hacer de actualidad este tema.

¿Será el verdadero tipo de belleza femenina el de esas mujeres que ostentan con orgullo una cabellera radiante de luz, semejante a un casco de oro?

Venus, diosa de la belleza, mujer entre todas las mujeres, había reunido en su cabellera, el oro rojo del sol al sepultarse en el mar, y el oro tímido, amarillento de los ondulantes trigales sacudidos dulcemente por la brisa. Nuestra madre Eva también se dice que era rubia. Más tarde, la fulgurante cabellera rubia de Elena de Troya, fué la causante de una guerra desastrosa.

De donde se infiere que es un hecho consumado, una consagración «que los hombres prefieren las rubias».

A fuerza de oír este sonsonete y de ver anunciada la novela de Anita Loos por todos los kioscos y librerías, he tenido la idea de preguntar a algunos artistas y realizadores famosos, si, en efecto, son más fotogénicas las rubias que las morenas y a qué lado inclinarían la balanza de sus preferencias, puestos en el caso de tener que elegir.

He aquí algunas de las respuestas:

LEONCE PERRET

Este notable realizador me recibe con la amabilidad en él característica. Acoge mi pregunta con una sonrisa y, luego, convencido, exclama entusiasmado:

— Toda mi vida he sido un esclavo de las rubias y seguiré siéndolo hasta que me muera.

» Yo creo que en lo que atañe a la parte cinematográfica, desde el punto de vista dramático, las mujeres morenas tienen más fuerza de expresión que las rubias. Vea usted mis realizaciones y ellas hablarán con más elocuencia que yo lo hago, y de paso le indicarán mis preferencias. En ninguna me sacaré usted una estrella; ahora será la primera vez que dirigiré a una artista de cabellos negros en mi próximo film «La Posesión»: es Francesca Bertini, en efecto, la que desempeña el papel estelar en la obra de Bataille; no obstante, para el papel de Passe-Rosse necesito una intérprete rubia... Una muchacha delgada, de andares torpes y derrengados, con aspecto enfermizo, ojos cínicos y mirada perdida y alocada... necesito ese tipo para un papel de

depravada por la cocaína... ¿no conoce usted alguna que reúna estas condiciones?

— Sí... es decir, en este momento no; pero, probablemente, dentro de muy breve plazo le presentaré lo que necesita.

Si entre mis lectoras hay alguna rubia de ojos negros y rasgados, que se presente a Mr. Leonce Perret de mi parte, y pruebe su suerte para el desempeño del papel de Passe-Rosse.

HENRI ROUSSELL

— En los primeros tiempos del cine — me contestó Mr. Roussell — sólo buscábamos bellezas rubias, como sino existieran más que ellas sobre la faz de la tierra. En nuestros días, aun cuando ello no constituya una regla inmutable, son las rubias las que privan. Por lo que a mí respecta, encuentro que la mujer rubia revela más dulzura, resignación, languidez, romanticismo; la morena, por el contrario, demuestra un temperamento más ardiente, que arrebatada, tiene más acometividad; es el tipo de la mujer fatal. Por lo demás, en la pantalla, donde los personajes se confunden más que en el teatro, la joven ingenua, es casi siempre rubia, mientras que la que personifica la mujer de belleza perturbadora, inquietante, es la morena; este contraste permite a los espectadores diferenciar a primera vista los actores.

Pero, ante todo, repito que no hay regla inmutable. En cuanto a mi gusto personal, he de decirle que me gustan todas las mujeres.

Una mujer es amada por su belleza, la elegancia de su línea, su inteligencia, su sensibilidad, en una palabra, todo lo que la distingue y es

después cuando uno se apercibe de si es rubia o morena.

SYLVIO DE PEDRELLI

Una interviú a gran distancia con el simpático traídor. Cojo los auriculares y no le reconozco por la voz. Evidentemente ha querido darme esquinazo, haciéndose sustituir por su ayuda de cámara. No obstante, la voz lo delata. Esa voz no la reconozco, no es la de Sylvio. A reiteradas instancias mías se pone el artista en el aparato, y a guisa de saludo, suelta una sonora carcajada acompañada de la confesión que me interesa:

— Voy a darle una noticia sensacional — me dice —, que para mí constituye una gran vergüenza: ¡El libro de Anita Loos no lo he leído!

— Eso, mi querido amigo, no tiene una gran importancia para lo que trato de indagar; responda bien y llanamente a mis preguntas... (una interrupción; las señoritas de teléfonos hacen de las suyas) ¡Señorita!... sí... sí... no corte la comunicación, ¡por vida de...! ¿No oye usted qué hablamos? Bueno, pues, desembuche, que soy todo oídos.

— ¡Bien! Pues según mi criterio, las morenas, son en la pantalla mucho menos fotogénicas que las rubias... éstas son más bonitas, ¿no le parece? Hay un encanto infinito, mucha delicadeza, y una feminidad extraordinaria en la belleza rubia... Hoy por hoy, adoro las rubias, y no me acaban de vencer las morenas.

— Esta es la ley de la compensación, amigo...; su piel de un moreno mate al lado de una piel blanca, alabastrina es un contraste!

Después de una profesión de fe tan virulenta, no les queda a vuestras innumerables adoradoras, si no tienen la fortuna de serlo, que buscar por todos los procedimientos convertirse en rubias.

LOUIS MERCANTON

En tesis general, las rubias se adaptan más a la pantalla que las morenas, dice Mr. Mercanton. Antes que nada, esto es un principio de técnica, ya que el objetivo tiene la propiedad de endurecer las facciones, por lo que el color claro de los cabellos en contraposición les da un aire marsvillosa de dulzura.

Por otra parte, en fotografía, no existen más que dos tonos; el rubio y el negro propiamente dicho; todos los demás colores intermedios se obtienen por combinaciones de luz. Sin embargo, debo reconocer que las rubias revelan una lasitud y displicencia de expresión que no tienen las morenas; tienen menos vivacidad y son menos emotivas. Para mi gusto personal debo decirle con la franqueza que me caracteriza que mi tipo es la mujer rubia.



RICHARD TAIMADGE

J. LENOIR

LAS GRANDES ADQUISICIONES

La gentil francesa Lily Damita y el apuesto inglés

Walter Byron, secuestrados por los americanos

Vilma Bauky con Walter Byron
Lily Damita con Ronald Colman

Esta selección de estrellas que se han de oponer a miss Bauky y a monsieur Colman, es la cuestión que más apasiona actualmente en los centros cinegráficos.

Para los buenos y pacíficos moradores de allende el Atlántico, tiene mucha más importancia, una importancia más vital, este asunto, que las elecciones presidenciales.

Dos continentes esperan con ansia las decisiones que tomarán, conteniendo la respiración. Tal es el estado anímico de los amantes del arte mudo, ante los grandes acontecimientos en puerta.

Es bastante extraño que fuera el mismo Ronald Colman el que nombrara su sucesor, máxime si se tiene en cuenta que sentía verdadera pasión por trabajar con miss Bauky.

Colman halló a Walter Byron, más conocido por Walter Butler, en un club de artistas de Londres, y fuese Goldwyn, no hace mucho, elogiando las dotes físicas y condiciones morales que adornaban a aquel elegante joven, británico auténtico.

Goldwyn, la víspera de su marcha de París, señaló hora, la de medianoche, para celebrar una entrevista con Byron o Butler, como quieran llamarle, a la que éste acudió con puntualidad cronométrica, elegantemente ataviado, pero... ¡hay un pero!, desgraciadamente para él, completamente afeitado.

—¡Cómo! Pero... ¿y el bigote? — exclamó Mr. Goldwyn.

Alguien de la compañía, tenía unos viejos bigotes que no usaba y juzgó oportuno alquilarlos a Mr. Byron. El efecto fué fulminante. Mr. Goldwyn encontró lo que necesitaba y fué contratado inmediatamente.

Sin embargo, y a pesar de creerlo algo fácil, ligero, Byron es una cosa muy seria. Su trabajo, que comenzó en su más tierna infancia o mejor dicho que nació con él, es su mejor ejecutoria: creció actuando, desempeñando el papel de «La Pequeña Eva» en «La Cabaña del tío Sam» nació en Inglaterra, hijo de padres irlandeses; su padre fué el conocido cómico George Butler y su madre, una dama principal, llamada Dulcie Laurence.

A los catorce años, Walter, que ya era un muchacho muy desarrollado para su edad, se alistó como soldado de la Gran Guerra y cuatro años más tarde, se le pudo ver de sargento, con dos cicatrices y una citación en la orden del día, a su favor, que le acreditaban de valiente. No obstante,



NORMAN KERRY

la carrera de las armas no le llamaba la atención, y la dejó.

Su primera salida a escena, después de la guerra, la hizo como corista en una comedia, cuyo nombre no recuerdo, que se representaba en un music-hall de Londres. Su ascensión a la escarpada montaña del arte mudo, se verificó muy lentamente.

Byron era bastante artista y algo entendido en asuntos de cine, muy comprensivo y muy dispuesto a tender siempre una mano generosa al que lo necesitara. Comenzó trabajando en películas inglesas, a dos libras esterlinas diarias, sin estar fijo en ninguna casa determinada.

Cuando lo halló Colman en el ya



COLLEEN MOORE

mencionado club de artistas, acababa de terminar la película «Tommy Atkins» en la que desempeñaba un papel principal.

Byron, actualmente se encuentra en Hollywood. Su reticencia inglesa le impide bastante tener amigos. Y Mr. Goldwyn todavía está enfadado por la cuestión del bigote.

Interin llega el momento de rodar su primera película con miss Bauky, Byron tendrá tiempo, más que suficiente, de probarse una serie de bigotes y ver cuál es el que más carácter da a su persona.

La de Lily Damita es otra historia muy diferente de la anterior.

Lily estaba sentada en un restaurant de París, rodeada de alegres amigos cuando entraron Mr. Goldwyn y señora.

En la peña de Lily hubo la natural emoción, muy explicable, ya que los señores Goldwyn se dirigieron a ella, diciéndole:

«Venimos por usted, exclusivamente.»

Lily quedó emocionada y sobrecogida antes de aceptar una oferta. Ha sido siempre, o casi siempre, estrella en compañías francesas, se han publicado a miles sus retratos en la Prensa; ha sido la innovadora del cabaret, y está claro, que todos estos timbres de gloria, la gentil «vedette» no se decidiera inmediatamente a salir de su adorado París, para sepultarse en un pueblo viejo, feo y aburrido, como es Hollywood (!?).

Mr. Goldwyn, hombre bregado en esta clase de negocios y conocedor enorme de la psicología de los artistas, tocó todos los resortes sin resultado satisfactorio, al parecer. Solamente tuvo éxito cuando le advirtió que trabajaría opuesta a Ronald Colman.

Lily declaró que Ronald Colman era su actor predilecto. Trabajar en estudios de América, no, pero, trabajar con Ronald Colman, eso sí, en América o en China; no importa! Y es que las mujeres tienen rarezas inexplicables; son así; sobre todo las francesas.

De manera que Lily, con su magnífica cabellera rubia; sus hermosos ojos azules y sus perfectísimas piernas, se ha decidido a conquistar América.

Felicitemos a los libreros de Hollywood, porque en la venta de diccionarios han obtenido un éxito pecuniario sin precedentes... y a Mr. Colman, cuya satisfacción refleja su rostro sonriente y de buen humor, de que hace ostentación estos días.

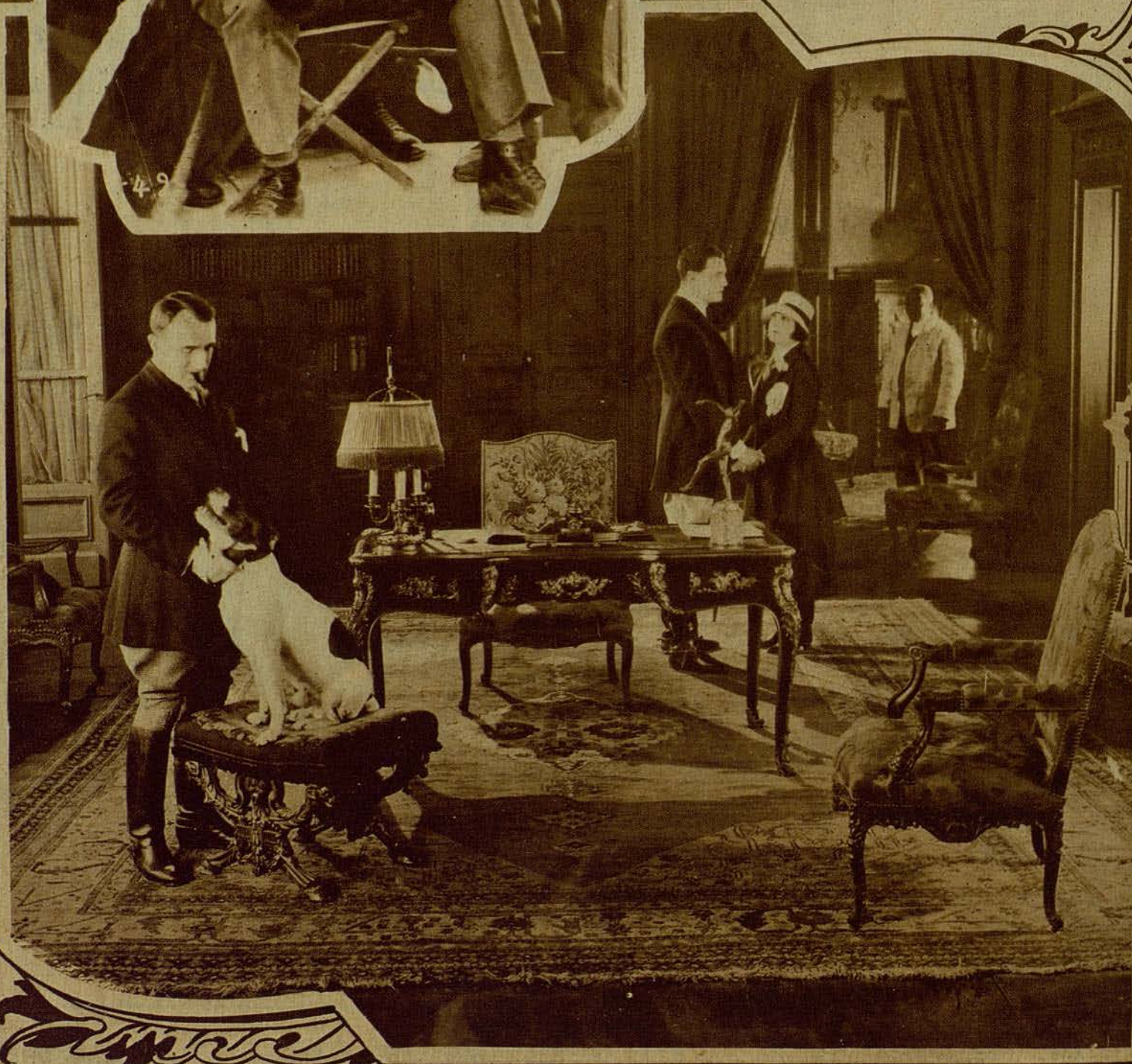


Betty Bronson y Jane Chandler, artistas de la Paramount.



Una escena de "Martirio,"
del programa Vilaseca
y Ledesma, con Suzy
Vernon.

William Harnes que,
con Lon Chaney y Eleanor
Boardman, consiguen un
éxito en "El sargento Mala-
cara," film M. G. M.





Escena de "El estudio secreto," film Fox, del que es protagonista la bella Olive Borden.



*Una escena de
"La Isla Encantada,"
por Milton Sills
y Betty Bronson.*

*La elegantísima artis-
ta Ruth Taylor, de la
Paramount.*

EL PALACIO DE LA MODA

presenta actualmente la
más rica colección en
abrigo de seda y ves-
tidos soirée.
Rbla. Cataluña, 10



Dolores Costello y Warner Oland, protagonistas de la producción Selecciones Gran Luxor Verdaguer. "El Circo de la Muerte."